

Heraldo Mexicano

28 agosto 1960

Nº 2572

Moselia

Heraldo Mexicano - 28 de agosto de 1960 - Nº 2572

La Máscara Caída

Por Manuel López Pérez

El lunes, 22 de agosto, fue sepultado en el Panteón Jaralín el señor licenciado Alberto Coria. Antes de que los diferentes enterradores rellenaran la fosa, varias personas que consideraron al muerto merecedor de elocuentes despedidas, quisieron pronunciar —y pronunciaron— elocuosos discursos. Tal hicieron el poeta e historiador don Cayetano Andrade, el representante del Tribunal Fiscal de la Federación, y el señor licenciado Alberto Bremauntz. Todos los oradores produjeron emotivas piezas: en sonoras cláusulas se recordó al estudiante que dejó las aulas nicolaitas para engrosar las filas revolucionarias, y Bremauntz, que fuera compañero de Cámara del desaparecido, le dedicó conceptos enalteciendo la radical conducta que lo caracterizó como militante de la lucha social, subrayando que fueron los dos —los dos Albertos— los que promovieron y lograron la reforma al Artículo 3o. Constitucional cuyo texto impuso a los maestros la obligación de dar a los niños “un concepto racional y exacto del Universo”,

concluyendo que con este precepto ofrecía irrefutable testimonio de que la doctrina que inspirara la convicción, prédicas y conducta del luchador caído, era científica y emancipadora, progresista, contraria al clericalismo católico y a todo fanatismo religioso.

Cuando se creía que los turnos oratorios estaban anotados, un desmedrado sujeto vestido de negro que de momento alguno concurrentes creyeron identificar como empleado de la Funeraria del servicio, comenzó a hablar y sus palabras convirtieron en sainete el entierro del padre de la “escuela socialista”, ya que ni la majestad de la muerte fue capaz de evitar el ridículo al transformarse en ámbito de pachanga la solemnidad inicial del acto inhumatorio: El último orador, con voz untuosa y sobándose las manos, declaró que era sacerdote católico y confesor del Lic. Alberto Coria; que con el carácter y autoridad que le daba el haber sido director espiritual del difunto, estaba allí para cumplir una obligación que le había impuesto su hijo de confesionario, consistente en afirmar, contra

lo que el yacente había imaginado que podían asegurar sus amigos en aquellas circunstancias, que nunca había dejado de ser católico, apostólico-romano; que siempre había vivido, y había vivido, y había muerto, en el seno de la Santa Madre Iglesia. Finalmente, en forma catagórica y haciendo para ello uso de los poderes otorgados por el muerto para aquel mensaje póstumo, declaró que lo dicho era la más estricta verdad en la vida y muerte de Coria y no lo que hacía unos instantes habían expuesto otros oradores.

Aquí ¡canta, oh Musa! las cóleras de Alberto Bremauntz. Quiso hablar de nuevo para increpar a los familiares de Coria por permitir que aquel cura echara un borrón sobre la conducta ejemplar y revolucionaria de su amigo, pero todos los deudos le dieron a entender que el sacerdote estaba en lo justo y decía la verdad de la cual ellos también eran testigos. Y no hubo más remedio que callar y marcharse.

Y así fue, lectores, cómo junto a un sepulcro recién abierto, cayó la máscara de un corifeo de la Gran Demagogia Mexicana. Pero fije-

mos posiciones, porque el asunto vale la pena, dado que el mensaje póstumo de Coria deja en el ridículo más espantoso la ortodoxia radicalona que ostentaron muchos farsantes durante un sexenio de la política mexicana. Y delimitación puramente simbólica es eso de un se-

(Pasa a la Pág. 3)

La Máscara...

(Viene de la Pág. 2)

Realmente, como lo insinuaba en sus coléricos afanes don Alberto Bremauntz, pudo Alberto Coria ser traicionado como ideólogo revolucionario, y organizarse la pantomina de acuerdo con el cura, porque resulta tentador para un ministro del culto católico exhibir ante la fe ligresía nacional la contextura ética de que eran dueños los líderes del Congreso de la Unión, durante el sexenio de marras. Quienes conocimos a Coria no creemos en la traición de sus familiares. Público y notorio fue en los círculos auténticamente revolucionarios de Morelia, el hecho de que don Alberto madrugaba diariamente para ir a misa. Cuando los estudiantes universitarios efectuamos agresiva manifestación en la capital michoacana propugnando la clausura de la Escuela Libre de Derecho—jurisdicción docente del Padre Avella—, los normalistas expulsaron de su plantel a quienes no cooperaron en la lucha. Y fue don Alberto Coria quien entonces se trasladó a Pátzcuaro para entretener al Gobernador Lázaro Cárdenas y obtener autorización para intervenir como miembro de una comisión es-

pecífica en el problema de la Normal. Su actuación fue favorable al regreso de los expulsados. Al fundarse la Confederación Revolucionaria Michoacana del Trabajo, institución domesticamente cardenista, fue don Alberto Coria el primer Secretario General. Y todos los campesinos se quejaron, mientras duró su período de representación, de que Coria era un despota y de que apenas si ofrecía como saludo a los trabajadores un regateo de punta de dedos, porque se apresuraba a escamotear la mano a través de las bocas-carteras de su pelerina. Todos estos datos obligan a presumir, y las presunciones tienen una gran fuerza cuando son de fama pública, que Alberto Coria no era lo que quiso aparentar por un oportunismo al que ciertos indígenas son muy inclinados.

Pero se dice que fue autor de la reforma al Artículo 3o. del "concepto racional y exacto del Universo". Lo más probable es que la voz de Alberto Coria haya sido la del ganso: no sería imposible que se hubiera prestado a responsabilizarse del proyecto. Razones: el ya familiar ejecutivismo que padecen los pueblos de América, las escasas luces dialécticas de don Alberto, muy inferiores a las de Manlio Fabio Altamirano sobre las que existen los dimes y diretes con Luis Enrique Erro; el hecho de haber evadido sin habilidad siquiera las preguntas

de los periodistas sobre temas doctrinarios relativos a la reforma (se negó a contestar, porque no tenía a la mano sus apuntes).

Por otra parte ¿qué podían ganar los familiares de Alberto Coria con calumniarlo? Nada. Las gentes de izquierda, los revolucionarios auténticos, verán en Coria a un sujeto asqueroso. El cura que divulgó su mensaje póstumo no dijo que Alberto se había convertido, sino que nunca fue lo que se había dicho que fue. Las gentes de derecha no llegarán a la depravación de absolverlo por su conducta hipócrita, ya que la "estratégica" falsía de su vida respecto a los ideales que aparentó defender, a nadie benefició: no se evitó nada de lo que la reacción hubiera querido, y en cambio, no sólo se niega la solidaridad humana, sino el principio reli-

gioso de la caridad, enviando el "error" a la mente de los niños de las escuelas oficiales y al peligro y a la muerte a los maestros que lo arrojaron o la recibieron de manos de los seráficos creyentes. Los niños "corrompidos" por la reforma del Artículo 3o. claman justicia contra el farsante; los maestros desorejados y los maestros muertos claman también justicia contra el farsante. La Iglesia es la única que algo pu-

(Viene de la Pág. 3)

ganar, pero tan poco, que más valía una pérdida: mostró orgullosamente de lo que son capaces sus "fieles". Frutos raquíticos del árbol humano, insolentes mentales, omplejados —víctimas de sus obsesiones torturantes—, morales y anticristianos por adidura.

Aceptamos como verdad lo dicho por el sacerdote católico en el sepelio de Alberto Coria: nunca fue un revolucionario, sino un oportunista; su nombre debería ser "león" como de Peer Gynt dijo Rodó. Defraudó a las autoridades, a las representaciones populares revolucionarias; defraudó a la propia Iglesia Católica, porque con conducta falsa y de oportunismo, en nada, absolutamente en nada la benefició, menos que el histrionismo del padre del Artículo 3o. sea considerado como una denuncia de la Gran Demagogia. Pero esa denuncia es un lucro común, muy común.

mutida

Heraldo Michoacano
28 agosto 1960
7. 2572 Morelia